

pertinentes. Después tuve cerca de mí a Prieto en otras ocasiones, pero nunca había cruzado una palabra con él, hasta que, durante la guerra civil y en Valencia, coincidimos en la terraza de la casa que en El Vedat de Torrente tenía la hermana de Fe Castell, creo que fundador y director de *El Mercantil Valenciano*; iba Prieto algunas veces a merendar en compañía de su secretario y amigo el señor Lagrava (representante en la España leal y legal de la Associated Press) y de la esposa de éste.

Solía don Indalecio caer por allí al atardecer. Yo trabajaba como médico en un pequeño hospital de aviación que estaba a unos cien metros de distancia. Prieto y Lagrava llegaron, en alguna ocasión, cuando mi esposa y yo estábamos ya merendando con la dueña. Nunca se hablaba de nada importante delante del ministro, pues nos absteníamos, por elemental educación. Era Prieto mismo el que a veces hacía interesantes y muy agudos comentarios sobre temas variados. Recuerdo, por ejemplo, una tarde en que llegó haciendo disquisiciones sobre la ingenuidad política de los intelectuales en general. Decía que había que aprovecharlos, pero usarlos poco. Relató, sin intención malévol, la ligereza con que, según él, había aceptado Manuel Azaña, en principio, desplazarse al Madrid semisitiado a requerimiento de las autoridades madrileñas para pronunciar un discurso de circunstancias. Prieto había llamado la atención al presidente sobre la inoportunidad del viaje, pues coincidía con una fecha en que los comunistas habían de celebrar algún acto sólo importante para su partido. Comentando la sorpresa de Azaña ante su advertencia, dijo que aquel hombre tan inteligente y tan culto, se balanceaba en la cuerda floja de la inconsciencia y actuaba con ingenuidad política. Azaña había picado en la invitación sin darse cuenta, decía Prieto, de la significación internacional que podría tener su intervención.

En esa misma casa hice un día a Prieto un electrocardiograma con mi aparato portátil; debe andar todavía por mis archivos. Tenía la misma hipertrofia del ventrículo izquierdo que en México le encontré, años más tarde, el maestro Ignacio Chaves. Cuando me preguntó qué le encontraba y le dije que solamente lo natural en un obeso con hipertensión y que comía mucho, me replicó, haciendo muy visible su papada: «¿Y qué electrocardiograma tendrá su profesor Juan Negrín, que come mucho más que yo y que repite dos y tres veces cada plato con las maniobras intermedias que usted habrá visto aquí mismo?» En efecto, Negrín iba mucho a comer con Mariano Ansó a un restaurante llamado La Torre, en el que yo me alojaba.

Pasados muchos años saludé a Prieto una vez que le encontré paseando por la playa de San Juan de Luz con don Gregorio Marañón, de lo que escribí en otro lugar; y no volví a saludarle hasta que, en 1948 y en ocasión de un viaje a México, le visité en su hogar, calle creo que Nuevo León, llevándole una larga carta de su correligionario asturiano Teodomiro Menéndez, amigo suyo desde la infancia. Hasta el domicilio de Prieto me acompañó el ilustre farmacólogo Rafael Méndez, que no entró conmigo en la casa porque estaba muy reciente su ruptura política con la fracción prietista de los socialistas exiliados. Subí con una de las hijas de Prieto hasta el salón del primer piso en que me esperaba don Indalecio. Allí, a la derecha según se entraba, éste leía un libro reposando en un amplio butacón de cuero, con la boina puesta. Hizo ademán y esfuerzo para levantarse, que yo impedí lo realizara, y me senté en una silla contigua.

Hablamos en primer lugar, de «Teodomirín» y de Sebastián Miranda; y luego, de la situación de España... Prieto leía a diario la prensa de nuestro país. En aquella misma visita me contó un incidente que yo desconocía. Lo había tenido muchos años antes con el fundador y director de un periódico de Madrid, al que dio un bofetón en la Cámara de los Diputados; de ello surgió un conato de duelo «a pistola y avanzando», que no llegó a celebrarse porque entre los testigos (Pérez de Ayala y Natalio Rivas) y otras personas resolvieron el conflicto.

Prieto tenía sobre una mesita el último número que de ese diario monárquico le había llegado y me lo mostró comentando la untuosa coba que daba a Franco; y soltó uno de sus inteligentes exabruptos: «La mala leche de este periódico es de herencia.» Pero yo no comprendo cómo un hombre de la extraordinaria clarividencia de Prieto no se podía hacer a la idea de que, en aquellas fechas, el tono de la prensa toda no podía ser otro, pues no lo marcaban los propietarios ni los directores, sino la Administración oficial a través de una censura muy superior a la que él había conocido antes. Le discutí su apreciación general haciéndole entender cuál era el ambiente del país que él interpretaba desde muy lejos; pero no había quien le bajara del machito de pensar que los periodistas no eran capaces de jugarse la cárcel o la vida por ideas de libertad. El hombre —el ingenuo entonces era él— soñaba (y lo insinuó en la conversación) con que un día no muy lejano, los exiliados, entrarían en España por la puerta grande abanderados por los políticos trasterrados. Me habló del tipo de vida que por consejo del doctor Chávez hacía en México y referió una anécdota simpática que dice mucho de su carácter festivo.

Ya cuando entré en la habitación había podido confirmar lo que sabía; que don Indalecio padecía una miopía brutal. Tanta, que ponía sus ojos a no más de cuatro o cinco centímetros de lo que estuviera leyendo o escribiendo. No sé ni cómo pudo leer la carta de Teodomiro Menéndez, escrita en letra pequeñísima, con manos temblorosas y con los renglones inclinados o cruzados; pero lo hizo pronto y hasta intercalando alguna broma sobre «Tinín», el autor, y entristeciéndose por las tragedias que éste había vivido en España. A pesar de los saberes oftalmológicos del doctor R. Castroviejo, éste no había logrado realizar lo que, sin duda, habría sido un milagro. Prieto me contó que iba al cine con enorme frecuencia para distraerse. Lógicamente, le pregunté cómo se las arreglaba para enterarse de las películas y me contestó, con su palabra despaciosa y sonora, que siempre se sentaba en la primera fila del patio de butacas y que, con gafas o sin ellas, aun viendo borrosas las imágenes, podía adivinar bien las escenas y los argumentos al oír el texto hablado. Al observar mi admiración por su fuerza de voluntad para superar las dificultades de visión, me interrumpió: «Pero amigo, hace unos días (o unos meses, pues no recuerdo el tiempo que me dijo) me sorprendió ver que en el cine, medio vacío, donde yo me creía un islote entre las butacas, había otro individuo, también en la primera fila, al otro lado del pasillo central, que estaba de la vista mucho peor que yo.» Y soltando una carcajada terminó: «Porque necesitaba prismáticos.»

Se contaba de Indalecio Prieto que recién nombrado ministro de Hacienda de la República y en ocasión de tener que presidir una reunión de los consejeros del Banco de España, al llegar a éste y verlos de etiqueta, colocados en dos filas a lo largo del

salón en que le esperaban, se abrochó el chaquet y, cerrándolo, dijo humorísticamente en voz alta al que le acompañaba, antes de saludar al presidente: «Abróchate Indalecio, que aquí vas a perder lo poco que tienes». Al parecer, él mismo repitió humorísticamente la frase con esas o parecidas palabras a sus vecinos de mesa en el banquete oficial.

Pasado el centenario de su nacimiento vemos, a lo lejos, la rechoncha figura de aquel socialista moderado, destacadísimo político de perspicacia y patriotismo no superados, aunque durante el exilio en México fuera discutible su actuación financiera. Pienso que conviene traer al recuerdo algunos matices de su modo de ser porque dicen mucho más a propósito de la personalidad de los hombres que la obra realizada. Por su aspecto físico aparentemente brutote y por sus reacciones verbales tajantes y crueles, los rivales políticos y, sobre todo, el periódico antes aludido, tejieron acerca de él una imagen que en nada se correspondía con la realidad pragmática de Prieto. Este fue uno de los grandes personajes que la República lanzó al ruedo de la política contemporánea. Murió lejos de la tierra que querría albergase sus restos, pero las huellas de su paso por el Ministerio de Hacienda, impidiendo la catástrofe que se anunciaba, y por el de Obras Públicas, que España entera y los madrileños pueden ahora palpar tras haberlas tenido paralizadas o silenciadas durante más de cuarenta años —política hidráulica, enlaces ferroviarios, nuevos locales para los ministerios, etc.—, ratifican la opinión sustentada por muchos, de que si nuestra tierra hubiera tenido media docena de hombres con las características humanas y políticas de Prieto, quizá habríamos podido evitar la brutal tragedia en que España estuvo sumida.

III. Anécdotas inéditas del pintor Solana

De Solana se cuentan infinidad de anécdotas, tantas o más que de Valle-Inclán, aunque muchas de las referentes a ambos acaso sean falsas. Contaré hoy tres que no aparecen relatadas por sus biógrafos, ni siquiera por Ramón Gómez de la Serna, que intervino directamente en una de ellas e indirectamente en las otras. De la primera hay algunas versiones muy parecidas, probablemente porque la circunstancia se repitió; de las otras dos, ninguna. Y me decido a dejar constancia de ellas porque las viví y pienso que en unión con todas las ya conocidas pueden contribuir a que el personaje sea más comprendido. No en balde es uno de los más extraordinarios ejemplares del arte español contemporáneo.

* * *

Primera. Se encontraba en Madrid por aquellas fechas —no puedo precisarlas, pero fue en los años que precedieron a la guerra civil 1936-1939— la esposa de un general hispanoamericano que era presidente de la república o del gobierno de su país. Había venido a España, según la dama me dijo, a que la viera como enferma don Gregorio Marañón. Durante su estancia en la capital, en el hotel Ritz, el embajador de su país o alguna otra persona la aconsejó que no se fuese de España sin que la viera también don Carlos Jiménez Díaz, cuya categoría médica era ya muy alta. Y así lo